



La Lectura Popular

AÑO XIX

Orihuela 1 de Noviembre de 1900.

Núm. 413

DON RESTITUTO LAPANZAGORDA

No se como vino á cuento, pero ello es, que paseando un dia con el Sr. D. Restituto de Lapanzagorda, persona conocidísima en todos los centros libre-barbarizadores de España y el extranjero por sus profundos conocimientos en antropología, sociología y *algarabía*, me ocurrió decir, que el hombre había nacido para servir á Dios en esta vida, y verle y gozarle en la otra.

Esto digiste, como si hubiese oido el mayor despropósito, he aquí que D. Restituto suelta el trapo, y en poco tiempo que soltarse los pantalones para evitar un desperfecto.

—¿De qué se rie V., señor D. Restituto? exclamé dándome por ofendido.

—¡Hombre! ¿de qué he de reirme? de ese trozo de Padre Ripalda que acaba V. de recitar.

—Pero acaso ¿no es verdad exacta lo que encierra?

—Quite V. á un lado, criatura; eso es una antigualla que ya no tiene razon de ser en los tiempos que corremos.

—¡Cómol señor D. Restituto, ¿acaso los tiempos que corremos pueden rechazar el gran dogma del fin del hombre? Pues, si no hemos nacido para servir á Dios en esta vida y gozarle en la otra, ¿para qué hemos nacido?

—Ta, ta, ta; veo que está V. muy atrasado. Hemos nacido para trabajar y adelantar, y progresar, y llevar á la humanidad por sus grandes derroteros, etcétera, etcétera, etcétera; ¿está V.?

—No señor, ¡yo qué he de estar! ni estaré nunca por más etcéteras que V. eche o todo eso son palabras vanas y sin sentido, ¿todo eso quiere decir, que solo hemos nacido para trabajar y fastidiarnos y nada más.

—Y perfeccionarnos, señor mio.

—¡Ah, vamos! tiene V. razon. Y perfeccionarnos; y despues... morirnos; que es lo que hizo el caballo del francés, cuan-

do se había perfeccionado aprendiendo á no comer.

—La humanidad no muere nunca.

—¿Qué me cuenta V., D. Restituto? ¡Quién tuviera la suerte de convertirse en humanidad!

—No diga V, necedades.

—Hombre, para no morirse.

—Y en cierto modo no morirá V.; pues como miembro de la humanidad, vivirá V. en los demás que quedan.

—Es decir, que despues de muerto yo, vivirá mi vecino por mí. Pues ¡vaya un consuelo! ¿Y es eso todo lo que puedo esperar de los *progresos, derroteros, adelantos y perfeccionamientos*? Pues mire V., don Restituto, me gusta más lo de la doctrina cristiana. Me gusta más creer que el hombre ha nacido *para servir á Dios en esta vida, y despues gozarle en la otra*. Que es como si dijéramos: para sembrar aquí y cojer allá. Así me explico el misterio de su existencia llena de dolores, que suelen ser los que le preparan el destino de su eternidad.

—Ilusiones, amigo mio, ilusiones. La filosofía libre-pensadora es positivista y no se mete en eso. Solo cree lo que vé. Más allá de la vida no ve nada, y no admite nada. Por eso afirma que el hombre nace para vivir, y vive para perfeccionarse.

Justo, y se perfecciona para morirse, y se muere para que se lo coman las ratas. ¡Qué bonítol ¡qué racional! ¡Y qué consolador!

Al oír esto el Sr. de Lapanzagorda, no dijo una palabra más.

Momentos despues, continuando nuestro paseo, nos encontramos frente á la puerta del maestro Garlopa, antiguo carpintero, hombre de muy mal genio, y que, en su afición á las cosas rancias aun usaba una de aquellas monteras, que puestas en la cabeza parecían la cumbre del Sinaí.

Cuando llegamos, el maestro afilaba una hoja de cepillo.

Entonces se me ocurrió una broma alusiva á nuestra anterior conversacion.

—Parece que se trabaja, maestro, le di-

je deteniéndome.

—Estoy repasando esta hoja, que por cierto ha salido muy buena.

—Hombre ¿y por qué los carpinteros tienen Vds. el capricho de afilar los cepillos?

—¿Cómo capricho? dijo el maestro mirándome con sorpresa. Pues qué ¿acaso se afilan los cepillos para tirarlos? Yo afilo mis cepillos para acepillar, como limo mis sierras para aserrar y... como se hacen todas las cosa... para algo.

—¡Ah! vamos; ya caigo. Dispense V.

—¡Pues claro! siguió diciendo el maestro, algo escamado y temiendo una guasa. Y luego añadió variando de tono: Esta tarde tengo que dejar acepillados y corrientes estos tableros.

—¡Hermosos tableros! dije yo mirándolos. Van á salir muy limpios. ¡Lástima que despues de quedar perfectos no sirvan para nada!

—¿Cómo para nada? saltó el maestro echándose atrás la montera. ¿Se ha vuelto V. loco, ó se burla V. de mí? ¿Cuándo ha visto V. que los carpinteros trabajen la madera para nada? ¿No comprende V. que los tableros son para construir alguna cosa?; por ejemplo, una mesa.

—¡Ah! ¿conque son para construir una mesa?

—¡Pues claro está! Así como la mesa es para hacer tal ó cual trabajo, y el trabajo es para ganar la vida, y la vida....

—Siga V., maestro.

—¡Ah! ¡la vida! exclamó el maestro Garlopa, poniéndose muy serio. Eso ya es otra cosa. La vida debe tener un objeto muy gordo; porque si las cosas valen en proporcion de lo que cuestan, mucho debe valer lo que cuesta tanto.

Yo he trabajado y sufrido mucho añadió el viejo carpintero; claro es que para algo habré sufrido y trabajado. Si se me dice que *para vivir*, al que me lo diga, le llamaré loco. Porque trabajar y sufrir para vivir, y vivir para sufrir y trabajar, es lo mismo que acepillar tableros para hacer mesas que sirvan para comer, y comer pa-

ra hacer mesas y acepilliar tableros; és dar vueltas á la noria para sacar agua, y sacar agua para darle vueltas á la noria. Eso es una barbaridad, y el mundo no está compuesto de barbaridades.

—¡Magnífico! maestro Garlopa, es V. un filósofo; pero á estas horas aun no nos ha dicho V. para qué es la vida.

—Hombre, si es V. cristiano, no lo pregunte. ¿Quién duda que hemos nacido para unirnos á Dios que es el Amor de los amores? Somos como la esposa que marcha en busca de su esposo ataviándose por el camino. ¡Ay de ella si cae y se llena de lodol: porque si no se limpia, jamás celebrará sus bodas. Nuestro atavío, nuestra limpieza, nuestra perfeccion, solo pueden alcanzarse por el cumplimiento de las divinas leyes. La creacion con sus grandezas, la civilizacion con sus adelantos, no son más que el instrumento de la obra. ¿Quién duda estol

—¿Que quién lo duda? exclamé, contentiéndome para no dar un abrazo al maestro Garlopa, que debajo de su pobre montera encerraba más ciencia que muchos sabios. ¿Qué quién lo duda? Aquí tiene V. uno que lo duda, dije queriendo enzarzarlo con D. Restituto.

Pero D. Restituto hizo como los perros cuando olfatean el oso; que le ladraron, pero á cierta distancia.

El tio Garlopa tenía muy mal genio.

—¡Ph! diré á V., exclamó D. Restituto: el señor de Garlopa, como católico, tiene sus ideas, pero....

—¿Qué pero, ni qué pera? saltó el maestro Garlopa. No es menester ser católico para creer ciertas cosas; basta tener sentido comun. El que esta vida es una lucha y que esa lucha tiene algun objeto y alguna recompensa que no puede ser la lucha misma, lo reconocen lo mismo el católico que el mameluco.

—Buen. Pero nosotros los libre-pensadores, replicó D. Restituto, decimos que el hombre vive y lucha para perfeccionarse.

—Justo y conforme: para servir á Dios, que eso quiere decir perfeccionarse; pero pregunto yo: ¿Para qué se perfecciona?

—¡Hombre!....

—No hay hombre que valga. Así como yo afilo el cepillo para acepilliar madera; y acepillio madera para hacer una mesa; y hago la mesa para comer; y como para vivir; y vivo para perfeccionarme; para algo me perfeccionaré tambien; á no ser que supongamos que el autor de la naturaleza quiso hacer con el hombre lo que no haría ningun aprendiz de carpintero con la peor de sus herramientas: que es *amolarse* primero, para tirarla despues.

—Esa comparacion es grosera.

—No tanto como V. cree. Acaso la vida del hombre que quiere perfeccionarse, ¿es otra cosa que un martirio en el que las tribulaciones van desgastando poco á poco los vicios de la naturaleza? ¿Y quiere V. que despues de limpio el instrumento no sirva para nada? No se lima en vano una sierra, y habia en vano de limarse un hombre? No, señor D. Restituto: el hombre trabaja y se perfecciona; ó lo que es lo mismo, sirve á Dios en esta vida, para gozarle en la otra. Es un instrumento tosco que Dios pule y limpia antes de utilizarlo en la obra de la eternidad.

—Soy libre pensador, y no paso por esa teoria.

—Porque está V. sin pulir, ó lo que es lo mismo, sin desbastar. Deje V. que le llege la hora de *amolarse*, y ya cambiará V. de opinion.

El tio Garlopa tenía razon. D. Restituto, jóven, robusto y mimado por la fortuna, era uno de tantos seres en bruto como andan por el mundo discurriendo á tontas y á locas como caballo sin freno.

Pero la misericordia de Dios se lo pone á cada uno como y cuando más le conviene.

A D. Restituto empezó poniéndoselo primero en el bolsillo por medio de un banquero que quebró de la noche á la mañana, arrebatándole toda su fortuna.

Despues de esta peripecia, fué atacado de dolores reumáticos.

Y á renglon seguido, le salió una fugada de golondrinos efecto de los disgustos.

Y no paró aquí la cosa.

Aun no habían acabado de salirle los golondrinos, cuando le salieron sus hijos, que eran otros golondrinos de peor especie, educados en la *escuela libre* de su padre, y le pusieron un pleito sobre no sé que derechos relativos á la herencia materna.

Al sentir este último golpe, el pobre D. Restituto no pudo más, y cayó herido de una dolencia incurable; de una enfermedad del corazón.

Al inclinarse sobre el lecho de que no habia de levantarse jamás, el desgraciado incrédulo comprendió que se le abrian de par en par las puertas del sepulcro, y sintió frio en el corazón.

Miró á la muerte cara á cara, y la halló muy fea. Es como suelen hallarla casi todos los impíos que se tapan los ojos por no verla.

Pero es el caso que nuestro hombre aun con los ojos tapados la veia. Entonces ideó ponerle careta para que le pareciese menos repugnante.

Pero ¿quién pone caretas á la muerte? ¿Quién, fuera de Cristo, puede tornar alegre ese triste fantasma de nuestros dolores?

D. Restituto apeló á la filosofía atea y naturalista.

La vieja meretriz se le presentó; pero no alegre y seductora como en los dias de su d vaneo, sino fria, sarcástica y desdenosa rebosando veneno el corazón.

—¿Pretendes, dijo, que te disfrace la muerte? Vaya una pretensión ridícula. ¿Acaso no se trata de un fenómeno natural? Deja esas ilusiones para los que creen en otra vida. Tu debes morir como los espíritus fuertes. Mueres porque si: porque se acabaron tus fuerzas; porque triunfaron las afinidades químicas sobre tus energías biogénicas. Es una ley que se cumple y nada más.

—Pero ¿y mi corazón? exclamó el sabio, con ese sentimiento que sólo la muerte sabe inspirar. Si el morir es natural ¿por qué mi corazón ansia vivir? Si el morir es natural ¿por qué sufro tanto?

—Porque no reflexionas. Piensa que si tú te reduces á polvo, ese polvo dará vida á otros seres; que si mueres, la humanidad vivirá: y no solo vivirá sino que *progresará y seguirá los grandes derroteros que le abren las ciencias, las artes, la industria, la civilización...*

—¡Industrias! ¡artes! ¡civilización! exclamó el sabio desesperado; si cuando vivo, apenas os disfruté, y muerto tengo absolutamente que perderos, ¿cómo habeis podido ser vosotras el único objeto de mi vida? Comprendo que nazcamos para perfeccionarnos, es verdad; pero ¿es posible que nos perfeccionemos para morirnos? Si la perfección es una lucha, y la muerte es la nada ¿es posible que luchemos tanto para nada? ¡Oh! no puede ser, eso es mentira. Jesús, Cristo Jesús: Tú dijiste que eres el camino, la verdad y la vida. Pues bien; ya que pierdo la del cuerpo, te pido la del alma. Ten misericordia de mí.

En aquel momento un vivo recuerdo iluminó la mente del enfermo,

Parecióle ver al maestro Garlopa, que con el cepillo en la mano disputaba con él.

Le hablaba de Dios.

«Somos la esposa, repetia, que camina en busca del esposo. Nacemos para amar y ser amados. Ay del que se desvia en el camino del amor, cogiendo las flores de sus orillas! Porque flores que se marchitan, jamás podrán tejer nuestra corona nupcial.

¡Oh Padre Celestial! en verdad que solo nacimos para gozarte, y que todo cuanto nos rodea es solo la escala para llegar á ti.»

Es de creer, que estas últimas palabras no pudo oirlas el enfermo; porque en aquel momento, la muerte aproximándosele repentinamente, le dió el primer beso.

El filósofo se estremeció, pero en sus labios se pintó una sonrisa.

Era que la muerte para besarle se había transformado. Tenía cara de cielo.

Seis horas después D. Restituto, arrepentido, moría en los brazos de la religión.

NOTA. Esta historia parece inverosímil, y sin embargo es la historia de cada día.

Hay muchos filósofos por el mundo como el Sr. de Lapanzagorda, que cambian de filosofía en el momento que se les pone la panza flaca.

Eso prueba, que entre la filosofía y la panza, hay más relación de lo que algunos creen.

¿Si será por eso, por lo que el cristianismo prescribe los ayunos y los sacrificios que tanto se oponen al desarrollo de la panza?

¡Tal vez!

ADOLFO CLAVARANA.

PENSAMIENTOS

Esto que piensa en mí y que ahora habla, que apelece vivir sin fin y repugna invenciblemente *el no ser*, no puede, no debe morir como morirá mi cuerpo, efímera porción de materia miserable... Lo que yo siento, ha sentido el género humano, y este universal sentimiento arguye un Dios que lo ha hecho brotar en todos los espíritus. Dios sólo podría aniquilar el mío, y Dios no puede, porque, engañándose, se faltaría á sí mismo.

El hombre no muere entero, y teniendo espíritu y por consiguiente siendo inmortal, es cosa clara que no ha de reconocer por su patria natural y perpétua este mundo, todo materia... pero el hombre está revestido de ella, porque ha de pasar por él.

El mundo es un lugar de tránsito, echado por Dios entre la nada y la eternidad.

Esta vida fugitiva es preparación para otra perdurable; ¿qué es la vida, sino noviciado del cielo? Me lo prueba el que ayer nací, y hoy me siento morir... Lo que he vivido hasta hoy no es más que un instante de tiempo, y lo he pasado en un país en que todo está mezclado ó está en perpétua lucha, el placer y el dolor, la virtud y el vicio; señal clarísima de que es lugar de tránsito y de rudo aprendizaje.

Pienso, luego existo: existo, luego hay Dios. Toda cosa criada no puede tener en sí la razón y el principio de su ser y supone por consiguiente la existencia de otro ser bueno porque la crió y grande porque pudo criarla. Ser contingente, sé que hay uno necesario, que, siendo por sí, es principio de toda la cosa que no sea él: ser inteligente, no puedo tener otra causa que una inteligencia suprema.

Aparisi Guizarro.

SECCION INSTRUCTIVA

El teatro moderno

Léese de aquel famoso legislador de Atenas llamado Solón, que al presenciar los primeros ensayos del teatro griego, consideró el poderoso atractivo que debía de ejercer en el pueblo aquella ficción de personas, caracteres y acciones; y previendo que había de redundar en mayor daño que provecho de las costumbres, dió un gran golpe en el suelo con su cetro, que era una larga vara, y prohibió las comedias por todo el tiempo de su vida.

¿Que hubiera dicho aquel legislador tan celebrado por su prudencia y sabiduría si hubiera sabido lo que el teatro había de ser más tarde, no solo en los pueblos gentiles sino también en las ciudades cristianas? Y si se enterara de la santidad de la ley cristiana, y la cotejara con los escándalos que se ven en nuestros teatros ¿qué dijera sino que nos habíamos vuelto locos, apostatas y peores que los gentiles?

En efecto, los teatros modernos constituyen una prueba tristísima del frenesí de vicios que padece nuestra corrompida generación. Suele Dios castigar, como dice San Pablo, la infidelidad de los hombres entregándolos á su réprobo sentido, y por que esta infidelidad es ya grande, por eso es también grande la injuria.

Mas no pienses, amado lector, que quiera yo manchar esta hoja describiendo liviandades de los actuales teatros, que bien sabes que no se pueden ver sin pecar, ni decir sin rubor, ni leer sin peligro.

Basta consignar que rara vez se representan en ellos acciones dramáticas que no estén condimentadas con estas dos salsas: impiedad y deshonestidad. De varios teatros que pasan por los mejores se ha observado que de cada diez funciones que dan, no llega á haber una que sea del todo buena; en la mayor parte de ellos todas son malas en el fondo ó en la forma, y en algunos rematadamente malas y provocativas á más no poder.

Son, pues, actualmente nuestros teatros una verdadera ocasión de pecar, y de pecar mortalmente, de la cual han de apartarse las personas cristianas. Si alguno halla exagerada esta aserción le ruego que responda á las siguientes preguntas: 1.ª ¿No es pecado mortal, como dice la Doctrina cristiana, el complacerse en malos pensamientos, el deleitarse en malos deseos, el mirar cosas provocativas, el escucharlas con gusto, y el llenar, voluntariamente la imaginación de especies impuras, y el corazón de afectos deshonestos que á su tiempo suelen producir tantos otros pecados? Y las representaciones que suelen ofrecerse hoy en los teatros ¿no despiertan tales pensamientos, tales deseos, tales imaginaciones y tales afectos pecaminosos? Al menos allá va para eso, y para nada más, una numerosa catterva de muchachos corrompidos, de mujercillas livianas, de hombres mal casados ó fastidiados de su esposa y de sus hijos, y de viejos verdes que llevan en los huesos los vicios de su mocedad: y si toda esta gente va á los teatros y paga la entra-

da para buscar en ellos cebo de lujuria, señal es que allí lo hay. Es esto tanta verdad, que si alguna vez se representá alguna pieza de Calderón, ó cualquier drama clásico, los espectadores bostezan, se duermen y se retiran fastidiados, porque falta en ellas lo que ocasiona las risas y los aplausos del degradado público.

2.ª También es pecado mortal escuchar con complacencia impiedades, blasfemias y expresiones de doble sentido que zahieren la honra de Dios, de los santos, y de las personas sagradas, y aplaudir escenas cuyo efecto calculado es una burla de la Religión, de la piedad y de la virtud: y en los teatros actuales, ¿no se oyen casi siempre muchas impiedades y blasfemias que aunque no sean groseras y crudas, como las que vomitan nuestros carreteros mal hablados, son más picantes y maliciosas? ¿No salen allí confusa la inocencia, escarnecida la virtud, infamada la piedad, y en cambio, aplaudido el crimen, triunfante la impiedad y glorificado el vicio?

¿Hay algún guapo entusiasta del teatro moderno que ose desmentir esto ó negarlo? Si estará más enterado de lo que hay que los mismo prohombres de las compañías teatrales?... Aconsejó no ha mucho un Padre amigo mio al empresario de una de ellas que anduviese con cuidado en escoger las piezas que habían de representarse, y en cercenar de ellas todo lo que fuese escandaloso. Oye, lo que aquel fulano le respondió: Son ustedes muy inocentes: cierto es que á nosotros nos importa un bledo el representar tal pieza ó tal otra, pero el público actual no gusta más que de lo verde y lo picante y si no se lo damos, fracasa nuestro negocio y nos hundimos.

Basta pues: que está ya probada de sobra nuestra tesis: y de ella resulta que la culpabilidad de las representaciones malas principalmente recae sobre el público corrompido.

Pero ahora cualquiera comprende que no recae tan solo sobre el público vulgar del *paratso* ó *gallinero* del teatro, sino que pesa también del mismo modo y por las mismas razones sobre el de los palcos. Digo mal: pesa mucho más, por dos razones que saltan á la vista: 1.ª por su pecado de mayor cooperación: pues las compañías teatrales sin los abonos de los palcos apenas tendrían vida, y algunas habrían de cerrar los teatros. 2.ª por el grande escándalo que dan: porque ¿qué reparo ha de tener la gente popular de cebarse en la licencia de un espectáculo malo, viendo que la principal lo autoriza todo con su asistencia? Y ya se ve que este escándalo subiría de punto si tales espectadores se calificasen por su catolicismo y piedad como á veces desgraciadamente sucede. ¿Cuanto mejor fuera que por la mañana no participasen de los Sacramentos en el templo de Dios, si por la noche quieren ir á divertirse con tan grande desedificación en el templo del demonio! Cuando más edifican por la mañana, más destruyen por la tarde con su pernicioso ejemplo.

¡Oh! cuántas veces oímos decir: Asisten á tal teatro y á tal comedia fulano y fulana; ¿Por qué no podemos ir nosotros?

En nombre de la moral católica y para deshacer en lo posible semejantes escándalos, declaro al pueblo en esta hojita, que jamás la piedad cristiana se ha conciliado ni podrá conciliarse con la desenvoltura del teatro moderno; y que ningún celoso ministro de Dios sancionará tal amalgama esencialmente mundana y liberal, por más que encubra su fealdad con el calificativo de conveniencia social. La ley de Dios está sobre toda ley, sobre toda costumbre y sobre toda conveniencia.

NOTA: Esta hojita es la más inútil de todas. ¿Quién va a dejar el teatro por haberla leído? Realmente es cosa muy difícil y tan difícil que decía ya en su tiempo Tertuliano: *Yo no temo para la cristiandad las persecuciones, las confiscaciones, los destierros, los martirios. Sobre todas estas cosas temo el teatro.* Pero sepan todos los católicos lo que dijo también el Crisólogo: *El que gusta de divertirse con el diablo, no podrá gozarse con Cristo.*

Hojitas Populares.

VARIEDADES

Retratos de Nocedal

La redacción de *La Libertad* de Valencia para conmemorar la fiesta onomástica del ilustre jefe del partido católico nacional ha hecho una tirada de retratos de este hombre meritísimo y ha tenido la bondad de enviarnos dos ejemplares rogándonos los anunciemos en LA LECTURA.

Gratosísimos aceptamos este obsequio y con no menos gusto accedemos al ruego de nuestro apreciable colega por varias razones.

La primera por el señalado afecto que profesamos al ilustre caudillo de la causa íntegramente católica tan combatida en España por tirios y troyanos.

Y la segunda porque es un deber nobilísimo dar la cara por quien tan generosamente la dá por Cristo y por Él sufre a diario calumnias, injurias y denuestos.

Harto sentimos que nuestros escasos talentos, nuestra mermada salud y la índole de nuestra publicación no nos permita luchar en la ardiente arena en que lucha el Sr. Nocedal.

Mas no por eso renunciamos a compartir sus sinsabores declarándonos completamente identificados con su marcha *rectilinea*.

No somos de los que miran de reojo la lucha política considerándola refida con la union, la caridad fraterna y otras escusas de mal pagador con que la cobardía, el egoísmo y demás pasiones de menor entidad quieren cohonestar su alejamiento del campo de batalla.

Al contrario; somos de los que creen que en política es donde hoy principal-

mente se combate a Cristo, y en política muy especialmente hay que defenderle.

Y como para defenderle en ese campo se necesitan ejércitos, y para esos ejércitos se necesitan jefes seculares mientras la Iglesia nuestra madre no los designe eclesíasticos, consideramos muy de nuestra obligación aceptar los que hay y obedecerlos y seguirlos sin volverles la espalda por frivolos pretextos.

Ojalá llegue un momento en que los soldados que de veras luchan hoy en dos falanges por el retorno a las antiguas tradiciones según el deseo de Su Santidad, se unan en un solo pensamiento estratégico para combatir al enemigo común. Pronto se dará en Castellón el consolador espectáculo de verlos unidos para la defensa de los procesados por los iconoclastas de la mezquitería liberal conservadora.

¿Por qué no hacer un noble esfuerzo para que este acto resulte fecundo y transcendental?

Por nuestra parte dispuestos estamos.

ADOLFO CLAVARANA.

SUSCRIPCION

PARA SOCORRER A D. BERNARDO SANTIAGO FRANCO POBRE, ENFERMO Y CESANTE, POR HABER INVENTADO Y PROPAGADO LA COLOCACION DE PLACAS DEL SAGRADO CORAZON DE JESÚS EN LAS FACHADAS DE LAS CASAS.

	Pts.	Ctms.
<i>Suma anterior. . . .</i>	1167	53
Un Antiliberal	5	
D. Francisco Atienza	2	
<hr/>		
Círculo Popular Instructivo de Calella.		
Rdo. Consiliario	2	
D. Francisco Martorell	25	
» Antonio Teixedor	20	
» Miguel Jauer	5	
» J. Vilaplana	3	
» Miguel Cabutí	2	
» José Valls	1	
» Jaime Parols	1	
» Juan Esquen	1	
« José Llobet y Catá	10	
» Francisco Castellá	10	
« Ramon Masiferu	1	
» Jaime Feliu y Suñer	2	
» Pablo Capdevila	25	
» Jaime Feliu	50	
» Jaime Verdura	50	
» Pedro Plá	50	
» Jaime Guri	25	
» José Cabutí	25	
» Pedro Ferrer	25	
» Angel Cabutí Clarabuch	25	
» Antonio Batlle	25	

» Francisco Perez	25
» José Cornellá	25
» Plácido Trulls	25
» Pascual Boada	25
» José Castells y Más	50
» Francisco Turá	25
» Martin Fugueras	25
» Agustin Campeny	25
» Daniel Talamás	25
» Juan Vila	25
» Juan Verdura	25
» Narciso Bosch	25
» Narciso Fugueras	50
» Francisco Castells	50
» Juan Delemus	25
» Enrique Fugueras	25
» Quirico Ferrer	25
» Francisco Boada	50
» B. Castells Andreu	50
Varios	5 85

Producto de una colecta en una reunión de familias de socios 13 20

D. José Francisco Ortiz	10
» Dámaso Arregui, presbítero	2
» Simón Urrutia, presbítero	2 10
Sr. Cura Ecmo. de Casillas de Coria	10
D. ^a María de Arnedo	20
D. P. C.	2
» F. M.	1
Conferencia de la Concepción de Pozoblanco	10
D. Pedro Garrido	2
» Ildefonso Fernández	20
» Jaime Rovira, presbítero.	2
Un devoto del S. C. de Jesús.— Valparaiso	2
D. José Lobaco	1
» R. Vilas	10
Dofia Casimira Lasala	5
D. Antonio Vilas	5
» Leoncio Vilas	4
Dofia Dolores Ortuño	2

Suma. . . . 1395 68

Se continuará.

LAS APARICIONES DE LOURDES.—Recuerdos íntimos de un testigo por J. B. Estrada, recaudador de contribuciones indirectas jubilado. Version española por un devoto de Ntra. Señora. Con aprobacion eclesiástica. Precio 150 pts. en rústica y 2 en percalina con dorados. De venta en la Librería de Subirana Hermanos, Puertaferri 14, Barcelona.

LA LECTURA POPULAR

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una accion . . .	4 pesetas mensuales
Media id. . . .	2 » »
Un cuarto id. . .	1 » »
Un octavo id. . .	0 50 » »

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la península

Dirigir la correspondencia a D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, P.º 6, principal, y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.